

**Javier Fernández Sebastián declara en Gotemburgo:
“LA CERCANÍA NOS ALEJA”**



“Los conceptos al final son los anteojos que tenemos para ver el mundo, y si cambiamos los anteojos cambiamos el mundo”. Javier Fernández Sebastián.

Por Christian Muñoz.

Gotemburgo es una ciudad que seduce en el epílogo de la primavera. Invita a largas caminatas, a distraerse en un parque, a dejarse llevar por la luz escandinava reflejada en los ojos de sus musas y por el fragante elixir de su flora. Por eso a nadie extrañó que, con la paz de un poeta y la memoria de un historiador, que lo es, llegara caminando al Instituto Iberoamericano, fundado en la segunda ciudad de Suecia hace ya 66 años, Javier Fernández Sebastián, Doctor en historia, Catedrático de Historia del Pensamiento y de los Movimientos Sociales y Políticos de la Universidad del País Vasco y profesor invitado en diversas universidades y centros de investigación españoles y extranjeros, como la Universidad Carlos III de Madrid y la Université de la Sorbonne Nouvelle-Paris III. Toda una eminencia.

El también vocal de la Junta Superior de Archivos del Ministerio de Educación y Cultura de España, y miembro del Consejo Científico de diversas publicaciones periódicas llegó para explicar a profesores y alumnos del Instituto Iberoamericano ¿qué es un diccionario histórico de conceptos políticos? La exposición con una ronda de preguntas de los asistentes duró cerca de dos horas. Al final de ella mi sony y yo fuimos cómplices de una distendida entrevista que aporta algo más de luz sobre la historia de los conceptos, aquellos “anteojos que tenemos para ver el mundo”.

- Primero que todo estamos con un destacado profesor que ha dictado la charla “¿Qué es un Diccionario Histórico de Conceptos Políticos?” Ya que tenemos la dicha de tenerlo en el Instituto Iberoamericano vamos a presentarle algunas consultas para explicarnos el por qué de un Diccionario de Conceptos Políticos. ¿Cuál es la importancia de estudiar estos conceptos?

“Yo entiendo que es importante, porque es necesario saber que estos conceptos políticos que manejamos muy alegremente todos los días en la prensa, que los políticos utilizan en televisión, etc., no siempre han sido así, han ido cambiando a lo largo del tiempo, y me parece que tiene interés intentar ver en el pasado cómo esos conceptos han ido evolucionando. De manera que cuando leemos un texto de veinte, treinta, cuarenta, cincuenta o cien años se van produciendo de manera inadvertida, poco a poco, cambios que conviene registrar. Los historiadores somos en cierto modo registradores o notarios de los cambios que suceden en el tiempo en muchas cosas. En este caso también los conceptos cambian y deben ser objeto de una historia y de un interés específico”.

- En parte del texto que va salir publicado en la revista “Anales” de este Instituto usted habla de que “la cercanía nos aleja”, ¿en qué sentido nos aleja la cercanía en la historia?

“Es una paradoja y realmente *la cercanía nos aleja* suena como una provocación, pero no encontré otra manera de explicar esta circunstancia. Intento explicar de qué se trata. Tendemos a pensar muchas veces, cuando no somos historiadores sobre todo, que el pasado es más o menos como el presente. Todos sabemos que la técnica cambia, que ahora hay internet, que antes no existía, que en el siglo XX se inventó el frigorífico, que antes no existía, pero nos cuesta mucho más pensar que determinadas formas de ver el mundo, porque los conceptos son formas de ver el mundo, no existían en un determinado momento. Por ejemplo el concepto de política tal como hoy día se usa - aunque existió la palabra política desde muy antiguo, desde los griegos- durante mucho tiempo no existía. En la época moderna de Europa no existía, nadie hablaba de política, no era algo que estuviera a disposición de los hablantes en ninguna lengua europea. Entonces cuando uno se acerca a esa realidad, cuando uno mira las fuentes, los documentos históricos del pasado para ver qué entendían por política las gentes del siglo XVI o del siglo XV se puede llevar la sorpresa de que no entendían nada, porque eso no existía...”

De improviso se escucha una melodía clásica en un celular y el profesor interrumpe su relato por un segundo con una leve sonrisa. Inmediatamente después prosigue: “y en consecuencia”... Una vez más la melodía lo vuelve a detener, pero no le corta las alas e insiste: “y en consecuencia”... Pero la melodía continúa en volumen ascendente y nuestro interlocutor debe tomar ahora una pequeña pausa.

- Eso tampoco existía... (el celular)

“Desde luego”, comenta. La sonrisa ahora es total. El profesor está de buen humor, parece disfrutar el advenimiento del verano sueco y no se molesta con la interrupción postmoderna continuando con total normalidad su interesantísima lección:

“... y en consecuencia esa cercanía nos aleja, porque cuando nos acercamos a esas personas que vivieron, a esos tatarabuelos nuestros que vivieron hace veinte generaciones, resulta que nos acercamos a ellos para ver qué es lo que pensaban y nos encontramos con que lo que pensaban era tan distinto, porque ni siquiera tenían los conceptos nuestros, que esa cercanía nos aleja, esa cercanía nos hace conscientes de que eran muy distintos de nosotros en su mentalidad, porque cuando no se dispone de ciertos conceptos, se dispone de otros distintos para interpretar el mundo, el mundo que uno vive es distinto. Los conceptos al final

son los anteojos que tenemos para ver el mundo, y si cambiamos los anteojos cambiamos el mundo”.

- Juguemos con los conceptos. Me gustaría ver de qué manera el historiador se parece al poeta.

“Y al político”...

- Y por ahí al periodista...

“Sí, sí. *Poyesis* es la creación. La etimología griega del vocablo remite a la creación, todo aquel que crea algo, que innova algo, que genera una nueva realidad, de alguna forma es poeta. Por lo tanto cuando los historiadores escribimos historia también tenemos que utilizar para transmitir lo que hacemos los instrumentos de que dispone la lengua y tenemos que innovar, tenemos que inventar conceptos nuevos para comprender mejor ese pasado. Por una parte mirar los que ellos usaban, pero por otra parte también ver con nuestra propia visión de las cosas, la que a veces es muy distinta del pasado, pero enriquece el entendimiento del pasado. En el fondo lo que quiero decir, es que nosotros podemos saber más de los egipcios, que los egipcios mismos. El tiempo también tiene una rentabilidad - perdón por la palabra - heurística. Es decir, cuando el tiempo pasa la distancia temporal también tiene ventajas, por ejemplo, conocemos lo que sucedió después, lo que ellos no conocían. Por ejemplo un señor que vivió la Guerra Civil dice “no, yo conozco la Guerra Civil mejor que nadie, porque la viví”. Pero a lo mejor resulta que ese señor murió en los años cuarenta y otros que vinieron después han visto consecuencias que ellos no vieron por lo cual la historia es más compleja de lo que parece. No solamente consiste en acercarse a esos señores que decíamos anteriormente, sino que también tenemos que aplicar elementos conceptuales aplicados por nosotros, poéticamente creados, e incluso explicados mediante tropos, como dice un historiador, un crítico de la historia norteamericano muy importante, llamado Hayden White, que escribió un libro muy famoso que se llama *Metahistoria* y él dice que en realidad los historiadores somos creadores de historias, somos novelistas, lo que pasa que novelistas de lo verdadero. Contamos historias que, en principio, son verdad. El dice que igual que los poetas que se sirven de una especie de métrica también los historiadores nos servimos de unos géneros historiográficos concretos y de unos tropos”.

- Al poeta también se le suele llamar vate porque vaticina. ¿Podrá el historiador también vaticinar?

(Risas)... “El historiador es el profeta del pasado”.

- Pero dentro de la charla que se dio en el Instituto alguien preguntó sobre el futuro y usted mencionó una asociación muy interesante, “el futuro como algo que se va a repetir”.

“La relación del pasado con el futuro ha cambiado a lo largo del tiempo. Durante mucho tiempo se pensaba que el futuro era igual que el pasado y el presente. Que por otra parte es lo más lógico teniendo en cuenta que los ciclos de la naturaleza son repetidos. Nosotros lo vemos de forma tan distinta que nos cuesta mucho trabajo imaginar de que alguien sea tan necio, como para pensar que las cosas se repiten, pero la humanidad durante siglos y siglos ha pensado eso, que la historia se repetía. En cambio, a raíz del cristianismo surge una nueva concepción del tiempo según la cual hay un principio y un final, además hay una salvación, un plan divino, una providencia, por lo tanto la fecha del tiempo deja de ser un círculo y se endereza. Hay una flecha que tiene un comienzo y un final. Entonces ya hay un pasado y un futuro y el futuro ese es distinto que el pasado. Durante mucho tiempo se pensaba, sin embargo, que había muchas enseñanzas que sacar de cara al futuro y los historiadores eran básicamente unos suministradores de ejemplos para sacar enseñanzas del pasado válidas para el futuro. “No hagas esto que hizo el tal rey, porque se equivocó y cometió ese error y fue destruido, derrotado”. La historia era la maestra de la vida, un laboratorio de la política para sacar enseñanza. Sin embargo, eso cambió - eso lo explica muy bien Koselleck - en la época de la Revolución Francesa, porque de repente sucedieron tantas cosas que no eran explicables en tiempos del pasado que mucha gente que vivió esa época fue consciente de vivir una ruptura histórica, y decían *no, no, ya no nos sirve la historia. La historia ya no es maestra de la vida, porque lo que han vivido nuestros antepasados era un mundo bastante parecido, pero ahora ya nada es parecido, todo ha cambiado catastróficamente y el futuro es una gran incógnita*. Podemos decir que todavía hoy se habla de la teoría de las catástrofes. Ulrik Beck y varios sociólogos hablan de la sociedad del riesgo, se mira el futuro como amenaza. A nuestro tiempo en vez de verlo con la gran esperanza del siglo XVIII que era el progreso, lo vemos cada vez más con una gran inquietud, entre otras cosas porque ha entrado en crisis con la postmodernidad el concepto del progreso y pensamos que el futuro puede concitar ciertas amenazas. Por lo tanto la historia está en crisis desde ese punto de vista, porque ha dejado de ser fuente de enseñanza”.

- ¿Pero no se ha acabado la historia como dice Fukuyama?

“No, por supuesto. Siempre hay algún filósofo, llámese Fukuyama, llámese Marx, llámese Hegel y tal, que plantean en los últimos tiempos algún final de la historia. De un modo u otro”.

- Marx reduce todo a la historia de la lucha de clases.

“Pero lo que él pretendía era que la historia terminase, cuando explica Marx el socialismo y el comunismo es el final de la historia, literalmente dice que es el final de la historia, porque entonces ya no hay clases y es como una sociedad de paraíso. Es como la vuelta al paraíso. En realidad las teorías utópicas, el marxismo entre ellas, todos los socialismos, todas las ideologías modernas - ésta es una opinión mía, no hablo como historiador, sino como persona particular que tiene una visión de las cosas - creo que son una secularización de la visión providencialista de la historia del cristianismo. Es decir, se sustituye a Dios por el progreso, se sustituye el paraíso por el socialismo. El esquema básico es el mismo. Es pensar que hay un principio, un pecado enorme, después la humanidad hace un camino y llega al final perfecto, a la utopía final, al paraíso. Y todas las ideologías más fuertes de nuestro tiempo tienen ese esquema básico. Que es un final de la historia, pero yo creo que no hay un final de la historia. Impensable. Tal vez una catástrofe que nos haga desaparecer del universo, pero no el final de la historia como congelación.

- ¿Cómo operan los cambios en los conceptos? En su contribución a la Revista Anales del Instituto Iberoamericano usted rescata dentro del siglo XIX el concepto anarquía y en la actualidad he visto afiches políticos firmados por denominados anarcocomunistas, es decir, una cosa extrañísima. Entonces han operado un montón de cambios, no obstante siga existiendo el concepto que define a los ácratas, aunque en la práctica no tenga ninguna gravitación en el poder.

“Hay momentos y países en los que tiene mucha importancia. La anarquía fue un concepto de cierta importancia en España, en Italia, pero en otros países no lo fue. Efectivamente eso que señalas, de que hay conceptos del siglo XIX que en el siglo XXI se siguen manejando, señala una cuestión muy importante: realmente no ha habido un recambio tan grande. Uno de los problemas que arrastramos en este tiempo probablemente tenga que ver con que hay un agotamiento de los conceptos, porque los conceptos que usamos son viejos, de doscientos años más o menos. Los hay de 150 y los hay de menos y de más. El cuadro general de los conceptos que manejamos en nuestros días en su mayoría nace, sobre todos los ismos políticos, en los tiempos de la revolución francesa y eso genera una fatiga. Se refieren a realidades que ya han cambiado mucho, pero

los conceptos siguen siendo los mismos, y se produce entonces una discordancia, porque ya necesitas conceptos nuevos. Se inventan de vez en cuando, como globalización, pero nos faltan conceptos nuevos para atrapar una realidad tan cambiante y seguramente uno de los problemas que pasa en nuestro tiempo es la existencia de lo que llama Ulrik Beck conceptos zombies, es decir, muertos vivientes, que ya han hecho su ciclo vital, pero como no tenemos otros para sustituirlos persisten. Uno de los ejemplos más importantes es soberanía. Soberanía es un concepto que ya está moribundo. Ya me contarás qué grado de soberanía tienen en la actualidad los estados cuando las cuestiones transnacionales son las más importantes, tanto de tipo económico, como ecológico. La inmensa parte de las cuestiones están fuera del alcance del estado. La soberanía del estado es una antiguaya, sigue existiendo como concepto, pero es muy limitado”.

- En su lista de conceptos proletariado aparece en el siglo XIX, pero no en el siglo XX.

“Clase obrera se utilizaba más probablemente. Concretamente en España”.

- En Chile, por ejemplo, ya nadie habla de proletariado, a pesar de que existe como clase obrera. Hay una serie de conceptos que ya no se utilizan. Nadie habla de burguesía. Aquí en Suecia todavía hablan de burguesía, partidos burgueses, partidos obreros. En Chile ya eso desapareció...

... “¿Y cómo se llaman? Derecha–izquierda? – inquirió el profesor con real interés.

- Derecha-izquierda – le respondo. Después uno distingue las variantes, aunque a mi entender todo se fue a la derecha. Lo que estaba a la izquierda se fue bien a la derecha y lo de la derecha se fue más a la derecha. Es una especie de discurso que se impuso, por lo menos dentro de las elites... Debemos quedar hasta aquí profesor. Encantado.

“Muchísimas gracias”, espetó, antes que yo, Javier Fernández Sebastián, un investigador verdaderamente apasionado con la historia de los conceptos políticos.

- Muchísimas gracias maestro por la lección. Más vale agradecer tarde, que nunca.



En la fotografía se aprecia en el jardín del Instituto Iberoamericano al profesor Javier Fernández Sebastián. A su derecha aparece el historiador Vicente Oieni, editor del número 7 de la Revista *Anales*, de próxima edición.

Para quienes quieran profundizar en la obra de Javier Fernández Sebastián revisar el *Diccionario político y social del siglo XIX español*, publicado recientemente (Madrid, Alianza, 2002, en colaboración con J. F. Fuentes).

